

**E** STAR en Roma es vivir cada minuto la tensión del Concilio. Lo que desde cualquier ciudad del mundo parece misterioso y lejano, aquí se siente como algo familiar. Los mismos Padres Conciliares se enteran mejor de las fuerzas que gobiernan o influyen en el Concilio, más por los rumores de la calle que por los discursos dentro del aula.

En la noche del viernes 9, reunió el cardenal Bea a los miembros del Secretariado para la Unión de los Cristianos, y les comunicó una noticia sensacional, que hasta hace unos días ha mantenido tenso el ánimo de los Padres Conciliares.

La primera noticia era la siguiente: monseñor Felici le había escrito dos cartas «autoritarias» en las que le comunicaba el deseo del Santo Padre de rectificar la declaración sobre los judíos, discutida últimamente en el Concilio, de modo que fuese más breve y anodina. La segunda era todavía peor: se proponía en la carta una reconsideración del texto sobre la libertad religiosa, efectuando una nueva redacción por una comisión mixta formada por la comisión teológica (influida por el cardenal Ottaviani, del Santo Oficio) y por la de Unión de los Cristianos. A esta comisión se añadirían cuatro nombres más: tres Padres de ala más conservadora y uno afecto al pensamiento más abierto del Papa.

Como se ve, el asunto no podía ser de más gravedad. De ir adelante la cosa, suponía un aplastamiento, más o menos diplomático, de la opinión de la inmensa mayoría de los Padres Conciliares y además defraudar a la opinión católica mundial, que tanto esperaba de ambas declaraciones, pero sobre todo de la referente a la libertad religiosa.

En vista de la importancia del tema y de la gravedad de una medida tan contraria a la libertad y opinión de los componentes del Concilio, se reunieron el domingo día 11 los cardenales más representativos de las principales partes del mundo, entre los cuales estaban tres de los cuatro dirigentes del Concilio (*moderadores* en su nombre técnico): los cardenales Doepfner, Lercaro y Suenens (este último vino en avión de Bruselas, inmediatamente de enterarse). En esta histórica reunión, convocada por el cardenal Frings, se redactó un documento dirigido al Papa, firmado por diecisiete cardenales, entre los que estaban los de Austria, Alemania, Holanda, Bélgica, tres sudamericanos, dos norteamericanos, el negro Rugambwa, un francés y un italiano.

La reunión fue motivada por la visita que el sábado hizo el cardenal Bea al Papa, donde aclaró que el Santo Padre no había mandado nada, y que estaba conforme en que todo siguiera la marcha normal, sin intervención de una nueva comisión mixta que entorpeciera la redacción del texto sobre los judíos y la libertad religiosa. A renglón seguido, el cardenal que dirige la Comisión para Unión de los Cristianos se presentó a ver a monseñor Felici, secretario del Concilio, y aclarar con él sus dos cartas. Entonces éste le indicó que no era ciertamente el Papa quien había decidido esto, sino el secretario de Estado: cosa que, por otro lado, ahora se niega también.

En resumen, que después de la terrible tormenta, todo ha quedado como si no hubiera ocurrido nada; y sin que se sepa de dónde dimana la decisión de imponerse a la mayoría del Concilio. Lo único que se sabe es que el pequeño grupo minoritario ultraconservador quiso entorpecerlo todo, en una intentona de ganar, jugándose el todo por el todo, la batalla del Concilio, que de antemano tiene ya perdida, según se ve por las votaciones realizadas con la colegialidad, de la cual eran enemigos radicales. Así se ve cómo, por encima de todo lo que los hombres piensan, está siempre la acción del Espíritu Santo dirigiéndolo todo.

El segundo golpe que quiso dar esta minoría es hacer retirar el famoso esquema de la «Iglesia en el mundo», que después del de libertad religiosa, es el más esperado por la gente.

Pero también este golpe le ha fallado, porque en esta semana del 18 al 24 se discutirá este vidrioso tema, que tanto apasiona a todos, porque ha de ser la piedra de toque de la «puesta al día»

de la Iglesia que pedía Juan XXIII al Concilio. Es Dios, en realidad, quien dirige el Concilio, y no los hombres avanzados o retrógrados: el mejor ejemplo es el del Papa Juan, que parecía un hombre conservador cuando lo eligieron Papa y luego ha sido el Pontífice más renovador.

En este ambiente de Roma se comentan mucho dos cosas: el fracaso de la redacción del esquema sobre apostolado seglar, y las conferencias que tienen lugar en el D. O. C. (Centro de Documentación Holandesa del Concilio). Nuestro obispo de Salamanca, don Mauro Rubio, pronunció un discurso en el Concilio, que en Madrid ha sido poco conocido; pero de gran importancia, porque desde el primer momento advirtió en él, con certera intuición, lo que iba a pesar en las discusiones. Este joven prelado español —el principal forjador del apostolado seglar en España— hizo una severa crítica del esquema. Señaló el defecto fundamental de no describir con claridad lo que es un laico; era, según él, necesario que, al menos pastoral y sociológicamente, quedase claro lo que es un laico en la Iglesia. Creía él que el seglar se abre a dos campos de actuación: el religioso y el temporal. Y que, por eso mismo, le incumben dos tareas: una evangelizadora, y otra civilizadora. Tareas que suponen una doble vocación en el seglar católico. Por

Nuestro ilustre colaborador Enrique Miret Magdalena nos envía, desde Roma, la primera de sus crónicas sobre la actual fase del Concilio. La trascendencia de las cuestiones que se debaten en esta tercera etapa, que coinciden con una evolución excepcional en el ámbito de la política del mundo, nos ha hecho considerar la necesidad de contar con una versión directa y objetiva de los problemas conciliares. Enrique Miret Magdalena entra de nuevo en contacto directo con unos temas que, sin duda alguna, seguirán interesados nuestros lectores:

otro lado, era preciso estudiar detenidamente la función del laico dentro de la Iglesia, y la que tiene de cara al mundo.

En el primer aspecto debería exponerse bien claramente que el apostolado de evangelización de los ambientes en que vive el seglar cotidianamente, es su misión religiosa propia y distinta de la del clero, que no vive inmerso en un ambiente profesional o social profanos. Y, en cuanto a su «compromiso temporal» (acción política, cultural, económica, artística, etc.), no podía ser confundido con el apostolado en sentido estricto, que es de signo directamente evangelizador.

Por último, habría que definir las diversas clases de asociaciones de seglares que pueden ser de signo apostólico, según su mayor o menor vinculación a la jerarquía. Y a esto debería añadirse un capítulo final, exhortando al clero a que fomentase particularmente el apostolado obrero y rural, que tan graves problemas plantea a la Iglesia del futuro.

Los obispos de todo el mundo, en general, no han hecho, sino insistir en algunos de los aspectos subrayados por el obispo de Salamanca con tanto acierto.

**E** L comentario en torno a las conferencias pronunciadas en el D. O. C., es muy favorable. Por este Centro han pasado el teólogo flamenco Schillebeeckx, dominico, presentando un nuevo panorama de las relaciones entre la Iglesia y el mundo; el redactor principal de la encíclica *Pacem in*

Terris, monseñor Pavan, cuya conferencia comenté días pasados; y, por último, un español, el canónigo González Ruiz, especialista en Sagrada Escritura mundialmente conocido y apreciado, sobre todo fuera de nuestras fronteras.

El profesor González Ruiz ha expuesto los fundamentos de una *teología del mundo*: huyendo de la forma abstracta, que hoy nadie resiste ya, ha querido plantear la eterna contradicción entre las religiones y el mundo, haciendo ver que el cristianismo es la única religión que sabe hacer una síntesis perfecta entre los valores religiosos y los valores humanos y materiales.

El dogma de la «resurrección de la carne», que todos aprendimos en el Credo, es la forma plástica de hacer ver cómo lo temporal, lo que los hombres hacen ahora en el mundo, es algo que perdurará para siempre, porque estamos colaborando a la renovación de todas las cosas, que ha de tener su culminación al final del mundo. Nuestro trabajo diario, por modesto que sea, contribuye a la redención universal de todos, de un modo misterioso y profundo; es más, esa entidad misteriosa que llamamos *gracia*, y que parece desligada de todas las cosas, es, por el contrario, «la unción de todas las cosas» (San Justino). El Nuevo Testamento nos presenta la *nueva religión* mezclada con todo lo que es corrien-

salvo las que los moralistas católicos avanzan, y que yo resumí en un artículo titulado «La Iglesia y la natalidad».

**D**OS últimas noticias: la pequeña fuerza conservadora, representada por los cardenales Ruffini y Ottaviani, invita a todos los obispos del mundo aquí reunidos a que asistan a las conferencias que ellos pronuncian, para exponer sus puntos de vista sobre los diferentes esquemas que se van a tratar, y que, a pesar de la perfecta propaganda de que se rodean, no tienen influencia en el Concilio. Y esto es sólo una muestra de toda la actividad que existe en torno al mismo.

La segunda, es confirmar que nuestros obispos no se puede decir que están cerrados al estudio de las nuevas cuestiones que van surgiendo en este Concilio; y que, como declaró monseñor Muñoz, respetan las otras opiniones, e incluso han presentado algún estudio notable, como me señaló hace poco el nuevo obispo consiliario de A. C., monseñor Guerra.

Aquí es, por ejemplo, conocido que este obispo, intelectual de altura, hace los mejores resúmenes de prensa después de cada sesión conciliar.

Sin duda es necesario que, poco a poco, nos acostumbremos

# ¿MANIOBRAS EN EL CONCILIO?

te en nuestras vidas: Jesús instituye la Eucaristía durante una cena familiar y amistosa y el culto lo celebran los primeros cristianos en las casas particulares, y no en el templo. La religión cristiana, contra lo que creen los marxistas, no «aliena» al hombre, sino que lo desarrolla y valora, junto con todo lo que el mundo contiene.

Lo que el famoso padre Teilhard de Chardin, S. J., expuso hace pocos años, ha sido desarrollado por este canónigo español con un profundo fundamento bíblico, antes de conocerse los trabajos del paleontólogo jesuita francés.

**E**N esta mañana se prevé una conferencia del original arzobispo inglés, antiguo jesuita, monseñor Roberto. Este hombre, típicamente anglo-sajón, con humor y libertad está informando al mundo católico de la necesidad de replantear muchos problemas, que han sido rutinariamente resueltos hasta ahora. Entre otros, el de la limitación de nacimientos.

No es que la Iglesia vaya a ceder en su profundo sentido moral; pero es necesario que estudie, a la luz de los principios del evangelio, la nueva situación sociológica del mundo (sobre todo del mundo subdesarrollado, llamado el tercer mundo), y los nuevos productos farmacéuticos, como la píldora hormonal del doctor Rock.

¿Tratará el Concilio de ello? ¿Qué normas dará a los católicos sobre su uso? No es posible adelantar ninguna solución por ahora,

en nuestro país a la evolución que el mundo presenta y que entre nuestros conciudadanos también se está notando a pasos agigantados. Hoy hablaba con un eminente sociólogo español y me decía que, desgraciadamente, en algunas ciudades grandes de nuestro país la práctica religiosa es baja, tan baja casi como en otros lugares católicos del extranjero. Esto debe ser una voz de alarma para todos, con el fin de que no nos coja desprevenidos esta influencia descristianizadora que va avanzando por todos los sitios como una nueva plaga espiritual. La mejor actitud apostólica no es la de cerrar los ojos a la realidad.

**S**I esta actividad humana en torno al Concilio puede alguien calificarla de «maniobras», sin duda nada pueden contra la gran «maniobra» de Dios que se vale de los instrumentos humanos para conseguir lo que quiere.

Roma, octubre de 1964

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA